

## RESEÑA DE LIBROS

MANUEL MOURELLE-LEMA, *La teoría lingüística en la España del siglo XIX*, Premio "Conde de Cartagena" 1965, de la Real Academia Española, (Col. "El Soto", Estudios de Crítica y Filología), Madrid, Editorial Prensa Española, 1968, 437 págs.

Si como dice Cervantes, copiando a Plinio el Joven, no hay libro tan malo que no contenga algo bueno, lo contrario no siempre es predicable, aunque a muchos tenidos por excelentes pueda endilgárseles el *aliquando dormitat Homerus*. El libro de Mourelle-Lema que empezamos a leer con cierto escepticismo, nos fue entusiasmando página por página hasta movernos a hacer no una reseña, sino un resumen que se nos iba dificultando por la variedad de materias incluidas en cada capítulo y su reiteración, por razón del método adoptado por el autor. En nuestro intento, hemos seguido los pasos de Mourelle, aunque sólo en los puntos que rozan directamente con la lingüística, omitiendo los apartes que tratan de filosofía pura y las biografías que el autor intercala en el cuerpo de su exposición. Y no porque la filosofía nos parezca extraña en una obra de lingüística, sino porque juzgamos que de la filosofía bastaba tomar lo que creímos indispensable para la comprensión de la obra, pues no olvidamos que durante mucho tiempo la gramática estuvo tan estrechamente unida a la filosofía que se la tuvo por uno de los capítulos de la lógica y se inspiró en ésta. La brevedad del resumen explica que los títulos de sus apartes no coincidan siempre con los del autor, pues apenas hemos compendiado lo esencial, de acuerdo con nuestro juicio.

*El "sensismo" y la filosofía del lenguaje*, págs. 21-67. — La Parte Primera, expuesta en seis capítulos, empieza por plantear el problema de la naturaleza del lenguaje en la Antigüedad, es decir, en Grecia y Roma. Grecia se preocupó menos del origen del lenguaje que de su naturaleza. Entre los filósofos griegos era tema de disputa la relación entre el pensamiento y la palabra, entre las cosas y los nombres que las designan. Para Heráclito los nombres son cualidad natural de las cosas, en tanto que para Demócrito y Aristóteles, los nombres carecen de valor, y el lenguaje es arbitrario y convencional. La discusión no llegó a conclusiones definitivas, pero contribuyó al desarrollo de la

lingüística, como quiera que llevó esa preocupación a los filósofos y lingüistas del siglo XVIII. La identificación aristotélica de palabra y concepto, pasará a las ideas lingüísticas españolas de los siglos XVIII y XIX con el influjo del filósofo inglés John Locke, y de los franceses Condillac y Destutt de Tracy, el primero con su *Ensayo sobre el entendimiento humano*; el segundo con su *Lógica o Arte de pensar* y el tercero con sus *Elementos de ideología* (Ideología, Gramática y Lógica). Las ideas sensualistas de Locke, en el sentido de que el conocimiento procede de la sensación y de la reflexión, interesaron a los filósofos españoles del XVIII e influirán en el giro que se dará en España al estudio del lenguaje. Condillac simplificó aún más la teoría del conocimiento al reducirla a la simple sensación, según la cual, sólo conocemos las cosas sensibles, y “todo lo que existe es materia”. Destutt de Tracy, siguiendo a Condillac, afirma que la operación única de sentir es el manantial de todas las verdades que podemos conocer por deducción. “Todo cuanto hace la mente se reduce a sentir y deducir...”. “Las palabras serían un sonido vano si no expresaran nuestras ideas... y el conjunto de todo forma lo que se llama una lengua...”.

La filosofía del lenguaje de Condillac está en la línea de su ideología: las palabras son sensaciones y “la ciencia no es más que una lengua bien hecha”. Para Condillac el proceso evolutivo de la formación del lenguaje “es el lenguaje de acción” y “el lenguaje hablado”. El lenguaje de acción es el de la naturaleza. La palabra es anterior al pensar y “no pensamos sin el auxilio de las palabras”. Las lenguas tuvieron como principio el lenguaje de acción, y “los hombres principian a hablar este lenguaje desde que sienten”. De ahí se pasa a los sonidos articulados, *via naturae*.

Para Destutt el lenguaje de la acción se transforma en “artificial y voluntario”, y sin signos no podríamos hablar, pues, “no podríamos comparar nuestras ideas simples ni analizar las compuestas”. De igual modo pensaron los nominalistas, al afirmar que “cuanto a los universales, toda la ciencia está en las voces”. El mismo Bossuet dice que no pensamos en los objetos sin recordar el nombre con que los distinguimos, y Leibniz llamó la lengua “espejo del entendimiento”.

Desde luego que frente a los propugnadores del sensualismo se levantó una fuerte reacción espiritualista, inspirada en las obras del vizconde de Bonald, y ocasionada por la repugnancia que los españoles sentían por el sensualismo que reducía el pensamiento a la sensación; la lógica, a una colección de hechos, y el alma, a una serie de reacciones químicas. Como representante del tradicionalismo, Bonald proclama el principio divino del lenguaje. Creía que, conforme a la versión del Génesis, el género humano había recibido en su origen el lenguaje de un ser anterior y superior en inteligencia a la inteligencia

humana y sostenía, además, la imposibilidad de la invención del lenguaje por el hombre.

2. *Teorías decimonómicas españolas sobre el origen y naturaleza del lenguaje*, págs. 67-89.— La preocupación lingüística del siglo XIX en España se enrumba más que a la naturaleza y origen del lenguaje, a la gramática y al origen del español. No que el siglo XIX no se cuidara del origen y naturaleza del lenguaje, problemas que siguen agitándose y resolviéndose a la luz de las teorías sensualistas o espiritualistas que no ceden hasta promediado el siglo, siendo sus principales sostenedores Monlau, Rey y Heredia y Jaime Balmes.

Para Felipe Monlau el lenguaje es una colección de fenómenos orgánicos, significativos de hechos positivos y se divide en natural y artificial, mudo y vocal, y éste en inarticulado y articulado, el cual constituye el lenguaje hablado. Monlau no se plantea el problema del origen del lenguaje; para él la palabra y el pensamiento están “necesaria y fatalmente unidos”. Rey y Heredia, colega de cátedra de Monlau, no admite el *mutismo* como estado previo de la humanidad, ni cree irrealizable el tránsito del grito a la palabra, o sea del lenguaje inarticulado al articulado, pero afirma “que la posibilidad del origen humano de la palabra no establece históricamente este hecho”. Para él, es posible que el hombre haya inventado el lenguaje, y, sin embargo de esa posibilidad, “haberlo recibido de Dios”. La cuestión de hecho hay que resolverla con datos históricos y documentos.

Jaime Balmes opina que, aunque pueden existir ideas sin la palabra, el origen del lenguaje no es de invención humana. Sólo que las circunstancias de clima, instrucción, necesidad, etc., han modificado el lenguaje, y al respecto, cita a Rousseau cuando dice que “para inventar la palabra, ha sido necesaria la palabra”.

3. El idioma primitivo, págs. 91-109.— Afirmada la cuestión de la donación divina del signo hablado, surge el problema del idioma primitivo que para unos, fundándose en la autoridad de la Biblia, no puede ser sino el hebreo que hablaron nuestros primeros padres en el paraíso. Y tratan de probarlo — caso de Esteban Guichard en la *Armonía etimológica de las lenguas* — por medio de malabarismos tan ingenuos como la derivación por adición, sustracción, transposición e inversión de las letras. Propuesto el hebreo como el idioma primitivo, se abrió el camino para que otros echaran a volar su fantasía a fin de esclarecer el problema de la lengua primitiva. Hubo para todos los gustos y naciones: desde el chino al eúscaro. Del sueco al holandés. Fue necesario que un genio como Leibniz combatiera la manía del idioma primitivo, excitando la curiosidad por el estudio comparativo de las lenguas. El golpe de gracia lo dio en España Hervás y Panduro con su *Catálogo de las lenguas* que fundó

en España la lingüística moderna. Hervás probó la analogía entre el sánscrito y el griego y que el hebreo no era sino uno de los dialectos de la familia semítica, con lo que derribó el mito del hebraísmo y echó las bases de la gramática comparada, y con ésta, de la gramática científica.

4. *La lengua universal*, págs. 111-152.— También halló eco en España el ideal de una lengua universal que abrazara, de pronto, a los hijos de todas las naciones y estableciera o estrechara vínculos de fraternidad y amor entre todos los hombres. En España hubo varias tentativas, siendo las principales, en primer término, la de Bonifacio Sotos Ochando (1785-1869), quien en 1851 publicó su *Proyecto de una lengua universal y filosófica*, obra que consiguió el apoyo de los constituyentes españoles, triunfó en París, en competencia con un trabajo similar de Letellier de Caen y culminó en la *Sociedad de la lengua universal* con sus reglas, estatutos y boletín publicitario. El otro conato fue el de Pedro Martínez López con su bosquejo de *Gramática de la lengua universal*, basada en un sistema, no *a priori* como el de Sotos Ochando, sino *a posteriori*, es decir, con los radicales de las lenguas más conocidas. Como se sabe, estos y otros conatos resultaron impracticables y el intento de establecer una lengua ecuménica pertenece al museo de utopías para cuya realización la humanidad nunca estuvo preparada, ni siquiera cuando el latín era la lengua de comunicación entre los sabios y los humanistas.

5. *La nueva lingüística*, págs. 155-183.— En 1856 se estableció en la Universidad de Madrid la cátedra de sánscrito, que había sido introducida en Europa a fines del siglo XVIII con la traducción del drama *Sakuntalā* de Kalidasa. Pero pasaron diez años antes de que se conociera en España la gramática comparada de Francisco Bopp, el acontecimiento lingüístico más importante del siglo XIX. Por esta época hay ya, sin embargo, españoles como Francisco de Paula Canalejas que demuestran estar al día en materia de conocimientos lingüísticos, pues, en su discurso ante la Academia (1869) cita a Bopp, Max Müller, Humboldt, Renan, Littré, Grimm y otros muchos; y Francisco García Ayuso se preocupa por la gramática comparada y por los idiomas del extremo oriente: Irán, la India, Afganistán y otros países.

6. El origen del español, págs. 185-205.— El estudio de la gramática comparada llevó naturalmente al del origen y formación del castellano o español. Sobre el particular, los estudiosos adoptaron posturas diferentes: la latinista en la que descuellan Martínez Marina, los catalanes Milá y Fontanals y el renombrado Monlau, y la que atribuye singular preponderancia al elemento semítico, cuyo principal abanderado fue Severo Catalina. Ni podían dejar de citarse *Los orígenes de la lengua española* de Gregorio Mayáns y Siscar. Amador de

los Ríos adopta una posición intermedia. La obra de Milá y Fontanals, *Estudios sobre los orígenes y formación de las lenguas romances*, se publicó después de que el germano Federico Diez había publicado su célebre *Gramática de las lenguas romances*. Pedro Felipe Monlau escribía el primer *Diccionario etimológico de la lengua castellana* y Amador de los Ríos, su estudio *Sobre los orígenes y formación de las lenguas romances: Lengua castellana*.

7. *Los estudios dialectales*, págs. 209-234.— Paralelamente a los estudios del origen del castellano, empiezan a florecer los referentes a los dialectos de la península ibérica y del provenzal. Se estudian, pues, en comparación con el latín, el asturiano, el leonés, el gallego-portugués, el *Fuero de Avila*, como uno de los más antiguos monumentos del castellano, y el aragonés. El provenzal mereció más que otros, la atención de los lingüistas a causa de la fama extraordinaria de que gozaba la poesía de dicha lengua. Naturalmente, no se descuidaron el catalán y el mallorquí, y aun la lengua de los gitanos fue objeto de gramáticas y vocabularios.

8. *La crítica del galicismo*, págs. 237-271.— La invasión del francés en el español data del siglo xi. Según el profesor Lapesa, bajo el reinado de Sancho el Mayor (1000-1035), España se abre al exterior y empieza a recibir influencias ultrapirenaicas que se dejan sentir en el lenguaje. De esta época provienen los galicismos y provenzalismos que se enraizan definitivamente en el español. Basta recordar algunos como *ligero*, *doncel*, *doncella*, *ruiseñor*, *linaje*, *preste*, *rosicler*. Tal influjo no cesó de operar ni aún en el Siglo de Oro, y se agudizó con el advenimiento de los Borbones al trono español. La imitación de todo lo de allende los Pirineos se extendió a los más variados órdenes de la vida. El afrancesamiento en el idioma llegó a tal punto que “pareció que iba a perderse hasta la lengua”, según frase de Menéndez Pelayo. Durante el siglo xviii la crítica contra el galicismo se fundaba en motivos nacionalistas o patrióticos, y en el xix se concibe ya en el campo de la lingüística. El ejemplo clásico de esta última posición es el *Diccionario de galicismos* del venezolano Rafael María Baralt, de quien se sabe que estudió en Bogotá, y que fue el único hispanoamericano elegido académico de número de la Real Academia Española. El *Diccionario* de Baralt fue recibido con palmas por la intelectualidad española, bien que no faltó quien dijera que “más veces flaquea cuando propone el remedio que cuando denuncia la falta”. Anota el profesor Mourelle que la crítica más extensa y profunda fue la hecha por don Andrés Bello, y que, entre los que se manifestaron desfavorables figuran Monlau y el afamado filólogo don Rufino José Cuervo. Monlau distingue entre la neología “que nutre y engruesa el idioma” y el neologismo “que lo infla y entumece”.

9. La gramática general, págs. 275-323.— Acorde con su método expositivo, el autor nos conduce con Protágoras, el primer griego en interesarse por la gramática en sentido propio; los estoicos que establecen las categorías gramaticales, y crearon la terminología que, pasando por la gramática latina, ha llegado a ser patrimonio de todos los pueblos. Los latinos no lograron hacer nada mejor que los griegos, y en el Renacimiento la gramática pierde su carácter lógico y se vuelve normativa, pues, por medio de ella se buscaba sólo conocer a los clásicos.

En España, la renovación de la gramática se debe a Francisco Sánchez de las Brozas —el Brocense— quien se preocupó antes que cualquier otro por la Gramática general. Con su *Minerva* es el precursor de la gramática racionalista que llegó a su mejor momento en los siglos XVIII y XIX. Según la opinión de Salvá, los solitarios de Port-Royal no hubieran dado a luz su *Gramática general*, su *Lógica* y los *Nuevos métodos*, a no haber bebido los fundamentos de su doctrina en la inmortal *Minerva* del Brocense. El Brocense alimentó “dos siglos de preceptismo gramatical que son la gran corriente europea de toda la era de la ilustración, el racionalismo, el derecho natural y la razón universal”. En España, el Brocense no fermentará hasta el último tercio del siglo de las luces. La gramática española sigue siendo tradicional y normativa. La de la Academia era, según Bello, poco española por demasiado latina.

Sin embargo, la gramática general o razonada no dejaba de tener sus extravagancias. Como se ceñía a las leyes de la lógica, no admitía sino un solo verbo, el verbo sustantivo *ser*, “auxiliar universal y necesario”; y una sola conjunción *que*, y así sucesivamente, “puesto que existe identidad entre lenguaje y pensamiento”.

Los *Principios de Gramática general o Arte de hablar en prosa y verso* de José Gómez Hermosilla fue la única obra de gramática general publicada en España en el primer cuarto del siglo XIX. Según el propio autor, “es un tratado teórico sobre el lenguaje hablado” y “contiene la ciencia, no el arte de la palabra”. Su tratado está dividido en dos partes. Trata la primera de *De las palabras*, y la segunda, de la *Coordinación de las palabras*. El criterio único es el de la significación lógico-objetiva de las palabras; se opone a la teoría del verbo único y reduce el verbo *ser* a su función lógica de cópula. Para Gómez Hermosilla, “el verbo son las palabras que significan movimientos materiales u operaciones del espíritu”, y estatuye una nomenclatura de los tiempos verbales conforme a la gramática de Port-Royal. Los tiempos son absolutos y relativos según que el movimiento coincida con el momento en que se habla o se refieran a un punto determinado en la duración pasada o venidera. Pero el presente, *amo*, es siempre absoluto.

10. *Otras gramáticas filosóficas*, págs. 327-349.— Los secuaces de Hermosilla formaron legión. Así como escribieron gramáticas filosóficas, se escribió también sobre la filosofía de la gramática. En 1874, esto es, en el mismo año en que aparece por primera vez la *Gramática castellana* de don Andrés Bello, se publica la *Filosofía elemental* de Jaime Balmes, uno de cuyos tratados está consagrado a la *Gramática general* o *Filosofía del lenguaje*, y está escrita dentro de la corriente tradicional con excepción de la doctrina sobre el verbo. “El verbo, según Balmes, es la forma gramatical que expresa una idea bajo la modificación variable de tiempo”. Y el tiempo en las cosas es su sucesión; su ser o no ser. El presente es el único tiempo absoluto, y ni el pasado ni el futuro pueden concebirse sin relación al presente. El autor del libro que resumimos hace aquí un parangón entre la nomenclatura verbal de Balmes y la de Bello quien “plasma su idea del tiempo en una línea recta que viene del pasado y corre hacia el porvenir”. En otras palabras, Bello participa de la doctrina de los gramáticos de Port-Royal, y Balmes prescinde de ella. Pero ambos proceden por razonamiento para explicar la nomenclatura de las formas verbales.

11. *La gramática normativa: Salvá y la Academia*. págs. 351-384.— Con el análisis de la gramática de Vicente Salvá y Pérez y la de la Academia, compone el profesor Mourelle el último capítulo del libro cuyo resumen estamos tratando de hacer. El título completo de la obra de Salvá es *Gramática de la lengua castellana según ahora se habla*. Parte, además, del supuesto de que el modelo del buen decir es el uso que de él hacen las personas doctas. Idea que comparte en su integridad Andrés Bello, cuya admiración por Salvá es bien conocida.

La primera edición de la *Gramática* de Salvá es de 1831. Su contenido es un copioso repertorio de modos de decir, de material idiomático, sin reglas ni doctrina filosófica, como quiera que fue enemigo declarado de la gramática filosófica, cuya influencia sólo se deja sentir en el verbo. Distingue tres tiempos fundamentales: presente, pretérito y futuro, y los demás los describe de modo vago, sin darles un nombre concreto.

La gramática de Salvá mereció, amén de la aceptación general, ser compendiada en Hispanoamérica. Entre los compendios, Mourelle cita *El nuevo Salvá* o *Gramática española*, escrita en Cartagena por Antonio Benedetti, obra que sirvió de texto en Colombia, antes de que la genial obra de Bello desplazara a casi todos los otros textos de gramática española.

La primera gramática de la Academia, que vio la luz pública en 1771, fue hecha sobre el patrón de la latina como que admite los seis casos de la declinación nominal, y, en cuanto al paradigma de la conjugación, se calca, con nomenclatura y todo, sobre el latino. Sólo

a partir de 1870 admite algunas innovaciones como separar el sustantivo del adjetivo e incluir la prosodia y la ortografía como partes de la gramática.

El autor concluye su estudio sosteniendo que España tiene poco que envidiar a otros países europeos en materia de lingüística y estudio de las lenguas, y para probar su aserto recuerda el *Catálogo* de Hervás, las obras de Milá y de Monlau en relación con los dialectos y la etimología, el *Diccionario de galicismos* de Baralt, y, sobre todo, las gramáticas de Salvá y de Bello que aún no han sido superadas.

La lectura del ensayo de Mourelle nos refresca muchos datos y noticias que habíamos olvidado y es de utilidad manifiesta, de modo particular, para estudiantes y profesores de lengua española. No creemos con Condillac que la ciencia sea sólo una lengua bien hecha, pero creemos que ninguna ciencia está bien hecha si no está expuesta en lenguaje claro, correcto y expresivo y, a ese fin tiende, entre otros, el libro que reseñamos.

ANTONIO FORERO OTERO.

Instituto Caro y Cuervo.

MARIE-LISE GAZARIAN-GAUTIER, *Gabriela Mistral: La maestra de Elqui*, Buenos Aires, Crespillo, 1973, 145 págs.

No es un nuevo libro sobre nuestra Gabriela inolvidable. Es un libro nuevo, un libro único, singular testimonio, como dice en el *Prólogo* Germán Arciniegas. Gabriela Mistral no siempre tuvo suerte con amistades y discípulos. Pero en los últimos meses de su vida solitaria, una niña francesa, vestida de azul, a quien la poetisa llamaba 'la Niña Azul', absorbía casi de rodillas las últimas lecciones, los detallados recuerdos y los versos nuevos de la maestra incomparable.

Marie-Lise Gazarian fue alumna de Germán Arciniegas y mía, en Columbia University, y en un verano de 1956 estudiamos la poesía de Gabriela, entonces único Premio Nobel de América Latina. Y la alumna, que trabajó su tesis doctoral sobre la obra de Gabriela, hoy doctora y profesora de la universidad católica de Saint John's en Long Island, Nueva York, ahora ha trasladado la esencia reverencial de datos y recuerdos en un libro de 145 páginas en que está dicho lo inefable de la vida y la obra de la maestra chilena.

"El libro que ahora publica — dice Arciniegas — corresponde a catorce años de vivir, inclinada con filial reverencia, ante la memoria de Gabriela... Ella ha convertido en brevísimo un relato que hubiera podido llegar a muchos cientos de páginas, y ahí se ven a un mismo